



NANÓN

POR CONDESA AGNES DE EST

N.º 67

Y HARRY LIEDTKE

SCHWARZ, Hans

La Novela Femenina Cinematográfica

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas.

Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona

Año II

N.º 67

NANÓN

(NANÓN, 1923)

Sugestiva novela cinematográfica,

interpretada por la

CONDESA AGNÉS de ESTERHAZY

y

HARRY LIEDTKE.

HANS JUNKERMANN, FRITZ KAMPERS, JAKOB TIEDTKE

Concesionario S. HUGUET



Provenza, 292

Barcelona

NANÓN

Argumento de la película

Sucedió, pues, que el rey Luis XIV, separándose de los cortesanos que le acompañaban en una cacería y seguido del Gran Mariscal, se detuvo delante de la hostería "El Borrero de Oro", sita en el camino de París, y famosa más que por su buen servicio por la belleza de su dueña.

—Y si nos reconocen, Majestad?—preguntó el ayudante del Rey un poco embarazado por aquella conducta.

Luis XIV se encogió de hombros, y mientras no lejos de allí los cazadores hacían un alto para reponer sus fuerzas, el monarca y su Mariscal tomaron asiento cerca de una de las numerosas mesas que había en el patio de la hostería e hicieron palmas.

—Señores, no tengan prisa... ¡En casa de Nanón hay que venir armado de paciencia!—les dijo un viejo campesino sentado a poca distancia de ellos.

El Rey se sonrió, hizo un guiño a su ayudante y alzó su voz poderosa llamando a la hostlera:

—¡Naaaanón!... ¡Nanoooon!...

Como nadie contestaba, los dos impacientes aporrearon la mesa, y como si éste fuera un procedimiento usual en la hostería para que se les hiciera caso a los parroquianos, abrióse una ventana en la casa, a la que se asomó un delicioso rostro de mujer.

—¡Voy, señores, voy! ¡Un poco de calma!

Era Nanón, la hostlera, una estupenda mujer muy joven y muy bella. En su camino hacia la puerta tropezóse con dos de sus huéspedes, una pareja parisense llegada el día anterior y que no perdía ocasión de abrazarse.

—Seguid queriéndoos con toda franqueza—les dijo ella observando su turbación—. Es lo natural si estáis en la luna de miel.

En cuanto salió la hostlera, el hombre dijo a su compañera:

—¡Si supiera que somos unos amantes furtivos!...

Entretanto los invitados a la cacería real esperaban el regreso del Rey, sin explicarse su ausencia; y era Mme. de Maintenon la que parecía más intranquila.

Luis XIV se había separado de los suyos sin que nadie le viera. La caza y el paseo habían abierto su apetito, que no disimuló al aparecer la hostlera.

Sirviólos Nanón y el Rey paladeó el vino

que le escanciaba la encantadora joven, diciendo:

—¡Delicado! ¡Delicadísimo!...

Mientras así se solazaba el soberano, los cazadores disponíanse para el almuerzo, cuyos últimos preparativos se estaban haciendo.

Los hambrientos servidores rondaban alrededor de las viandas con ojos de gula. A un montero se le desgrijarró la boca. Pero el jefe de cocina no tuvo compasión de él.

—Aunque rabiárais de hambre—dijo—, no se comienza la comida hasta que haya llegado Su Majestad.

Pero el Rey en lo que menos pensaba era en volver. Se encontraba muy a gusto en “El Borrego de Oro” y hacía honor al almuerzo que le sirviera la hostelería.

El Mariscal, en cambio, no probaba bocado.

—Vuestra sobriedad raya en lo extravagante—le dijo el Rey observando lo melindroso de sus gestos.

En aquel momento abrióse una ventana en la casa y apareció el busto de la amante *furtiva*, quien, al ver los nuevos huéspedes, se entró precipitadamente.

El Mariscal vió y calló.

—He almorcado de una manera agradable —afirmó Luis XIV—. Creo que podemos marcharnos.

El Mariscal se acercó a la hostelería para satisfacer la cuenta, y viendo a su alcance el rostro de Nanón, tuvo el capricho, muy discul-

pable, de conocer el perfume de su piel; pero tanto aproximó los labios a una mejilla de la hostelería que ésta se revolvió y, claro y distinto, sonó el chasquido de una bofetada.

—¡Pero quién cobra aquí, ella o vos, Mariscal?—preguntó el Rey.

El Mariscal se frotó el carrillo herido, hizo una mueca que intentaba parecerse a una sonrisa y miró airadamente al viejo campesino vecino de la mesa, que se había atrevido a soltar una carcajada celebrando la conducta de Nanón.

La cortesana más hermosa de Francia en aquellos tiempos era Ninón de Lenclos, célebre por sus volubilidades tanto como por sus pasiones, y que había logrado hacer de su palacio el centro predilecto de cortesanos y escritores.

Una noche, la del día de la cacería regia, Ninón recibía a sus amigos.

Allí estaban el marqués de Sevigné, herma-

no de la mujer que había ido a ocultar al “Borrero de Oro” una aventura amorosa bajo el nombre falso de Mme. Durand; a su lado hallábase el marqués D’Aubigne, que disfrutaba el honor de ser el favorecido por la caprichosa Ninón. Fontenac, oficial en el ejército de



El marqués d’Aubigne, que disfrutaba el honor de ser favorecido por la caprichosa Ninón.

Languedoc, camarada y amigo del marqués D’Aubigne, era también un asiduo a estas reuniones, en las que brillaba el espíritu de una época en que el ingenio prodigábase en con-

versaciones llenas de espiritualidad.

Dos nuevos invitados acababan de presentarse: el marqués de Marsillac, intendente general de los reales teatros, y su sobrino, mozo cohibido que daba la impresión de que se vestía de hombre por primera vez.

El intendente y su sobrino entraron en el salón. Marsillac besó la mano a la cortesana como hombre avezado, pero su pariente, confuso, resbaló e hizo una pируeta para no caerse.

—Perdonadle—dijo Marsillac a Ninón—. Mi sobrino no está aún familiarizado con nuestras costumbres. Vos, que sois maestra de distinción y elegancia, sabréis enseñarle.

Al mismo tiempo en la hostería, la que se hacía llamar Mme. Durand exponía a su amante el temor de que el Mariscal los hubiera visto.

—Mi hermano no debe saber nada de esta locura nuestra.

El trató de tranquilizarla.

Pero no eran infundados los temores de Mme. Durand. Precisamente el Mariscal llegaba entonces a casa de Ninón y refería su estancia en “El Borrero de Oro”.

—Su Majestad estaba encantado del vino... y de la hostelería—comenzó diciendo.

El Marqués d’Aubigne no quiso oír más y se despidió de su bella amiga, la dueña de la casa.

—A quién creéis que he visto en la hostería?—añadió el Mariscal—. Pues nada menos

que al amigo Gastón d'Houllières con una dama muy conocida de todos nosotros...

Algunos ojos miraron al marqués de Sevigné, que palideció ligeramente y, en seguida, saludó a Ninón, despidiéndose.

Las palabras oídas de labios del ayudante del Rey condujeron al marqués de Sevigné a la hostería, donde Nanón, que se había enamorado de un arrogante mozo al que tenía por persona de su modesto rango, tenía su reino de mujer guapa y risueña.

—¡Este es mi Grignau, el soldado más guapo de la guarnición!—decía ella presentando su novio a los amigos.

La presencia del Marqués produjo en Grignau un extraño efecto: verlo y echar a correr fué todo uno.

En aquel momento abrióse la puerta de la hostería, apareciendo en ella el falso matrimonio Durand.

—¡Dios mío, mi hermano!—gritó la joven.

Huyendo de la cólera del Marqués, la amante *furtiva* desapareció corriendo, mientras los dos hombres quedaban frente a frente.

Entre los humildes parroquianos de “El Borrero de Oro”, la actitud de los aristócratas batiéndose en duelo furioso fué un motivo de espanto. Llena de miedo, Nanón se puso a gritar:

—¡Grignau! ¡Grignau!

Pero Grignau no contestó.

Y el duelo proseguía. El Marqués falseó una

estocada, d'Houllières cayó en el engaño dejando el pecho al descubierto, y su adversario tiróse a fondo, tendiendo a sus pies al amante de su hermana.



—¡Este es Grignau, el soldado más guapo de la guarnición!

Concluir el duelo, marcharse el Marqués y presentarse Grignau fueron sucesos entre los que apenas hubo intervalo de tiempo.

Nanón echó los brazos al cuello de su novio.

—¡Cuánto me alegro que no seáis noble!... Nosotros no cometemos estas tonterías.

—En cambio cometemos otras.

—¿Cuáles?—preguntó perpleja Nanón.

—Estas!—gritó Grignau estrechando en sus brazos a la hostlera y poniendo en su rostro dos escandalosos besos.

—Bah! Esas tonterías las cometemos todos—repuso Nanón ligeramente encendida.

Horas más tarde, reunidos en casa de d'Aubigne, Frontenac decía al Marqués:

—Estáis haciendo un juego demasiado peligroso con Nanón.

—Es indispensable—repuso d'Aubigne—. Si me hubiera acercado a ella con mi título y no como Grignau, modesto tambor de granaderos, seguro que me hubiese rechazado.

Aquel día, uno de los habituales en que Nanón recibía a sus admiradores, la cortesana tuvo la desagradable sorpresa de ver que sus invitados le enviaban cartas disculpándose de no poder acudir a sus salones, como de costumbre.

Sin poderse explicar los motivos de esta general deserción, la mujer galante más celebrada del reino crispaba las manos con ira.

—¿Qué importa que todos renuncien?—dijo de pronto—. No faltarán sin duda d'Aubigne, el hombre que verdaderamente me interesa.

Un criado entró con una nueva carta. Por

la letra, Nanón reconoció que era de su amante.

La abrió y leyó:

Adorable y adorada Ninón: Asuntos íntimos, de todo punto inaplazables, me impiden acudir hoy a vuestra casa.

Eternamente vuestro,

D'Aubigne

—¿Qué asuntos íntimos son los que le alejan de mi lado?—preguntóse Nanón estrujando la carta.

Si sus ojos hubieran tenido la virtud de ver a distancia, ella hubiera sabido que, en aquel momento, d'Aubigne se encontraba en “El Borrego de Oro”, cerca de la hostlera que, en su ingenuidad, habíase enamorado de un aristócrata disfrazado de tambor de granaderos.

Y como él, otros nobles iban acudiendo a la hostería, atraídos por la belleza de Nanón.

Con el temor de que le reconociesen, d'Aubigne no tenía reposo.

Nanón ignoraba el nuevo capricho de sus admiradores, y de ahí que no supiera a qué atribuir por qué sus amigos no acudían aquel día a su casa.

De los pocos que no faltaron, el Gran Mariscal fué uno de ellos. Gacetilla de la Corte, era un correveidile de todas las intrigas.

—Saben—anunció en aquella ocasión—que Su Majestad se ha dignado graciosamente ele-

var hasta sí como esposa a Madame de Maintenon.

No siempre la realidad confirmaba las noticias del Mariscal, pero aquella vez estaba en lo cierto.

Era, Mme. de Maintenon, marquesa d'Aubigné y tía del amante de la cortesana y novio al mismo tiempo de Nanón, mujer de gran cultura que supo ganarse la voluntad y el amor del Monarca, sobre el que llegó a ejercer gran influencia.

La ceremonia de la boda había tenido lugar, reservadamente, en el oratorio de palacio.

Madame habíase quedado orando, y, al poco, velvió a buscárla Luis XIV.

Indignada por el duelo que el día anterior costó la vida a d'Houllières y pensando poner término a la locura de los duelistas, dijo a su real esposo:

—Es necesario reprimir sin contemplaciones esa furia de los nobles por batirse que ha segado otra vida llena de juventud.

—Voy a tratar de poner freno a esa plaga, de la cual con tanta razón os lamentáis—prometió Luis XIV.

Así nació el bando prohibiendo el duelo, tan riguroso como el que, en vida de su padre, dictara y obligara a cumplir el cardenal Richelet.

Lástima que el Gran Mariscal no hubiera tenido referencias de este edicto; pero aún siendo muy larga su nariz y andar continua-

mente husmeando, no percibió la indignación de Madame.

En cambio él fué quien descubrió a Ninón las razones de la ausencia de sus amigos.

—Yo he podido averiguar dónde los señores distraen sus ocios... Es no lejos de París, en la hostería de "El Borrego de Oro", atraídos por los encantos de su dueña, la hermosa Nanón.

Sintiendo celos de aquella rival desconocida, la cortesana ordenó imperiosamente a uno de sus criados:

—En seguida, disponed mi carruaje.

Y salió, entre el estupor de sus invitados, para dirigirse al modesto lugar en que vivía Nanón.

Atraídos por el buen palmito de la hostelería, todos los galanes de la Corte acudían a "El Borrego de Oro", sobresaltando a Grignau que, en su temor de ser reconocido, tenía que ocultarse en la casa y soportar, desde su escondite, la contemplación de ciertas escenas.

Aunque no necesitaba de la ayuda de nadie para defenderse, sin embargo, la joven llamaba de cuando en cuando a su novio, queriendo que su presencia sirviera de freno a los desmanes y amorosas gallardías de los aristócratas. Pero Grignau se hacía "el sueco".

Ella concluyó por ir a buscarle.

—Quiero que vengáis conmigo.

—¡No, eso no! Dejadme aquí—rogó el granadero.

—¿Por qué no queréis venir?

—Porque... no puedo sufrir con calma los atrevimientos de esos nobles impertinentes.

Puso tal calor en sus palabras, que la hostlera, halagada, no pudo por menos de admirarle.

Mientras tanto Ninón hacía detener su carrocería cerca de "El Borrego de Oro" y fingía un accidente para entrar en la hostería sin que sufriera su vanidad.

Sus gritos, llegando hasta el mesón, pusieron en movimiento a los que en él estaban, incluso a Marsillac y a su sobrino, quienes sorprendidos por la cortesana se disculparon como pudieron.

Pero a ella sólo le interesaba su rival, y sin dejar de reconocer su hermosura, o acaso por esto mismo, saliendo de su fingido desmayo, dijo:

—¡Conque ésta es la que trae sorbido el seso a tanto mentecato!... Lo que no comprendo es cómo vienen aquí.

—Menos lo comprendo yo—repuso la hostlera—, aunque a decir verdad, tampoco me explico cómo los aceptáis por amigos si los tenéis por mentecatos.

—¿Conocéis al marqués d'Aubigne?—preguntó la cortesana, mordiéndose los labios.

—Muehos son los que vienen aquí y a ninguno le pregunto el nombre, pues todos me estorban. Se conoce que vienen equivocados, y

eso que yo les mando siempre que llamen a la puerta de Ninón de Lenelos.

—Pero al marqués d'Aubigne debéis conoerlo—insistió la cortesana completamente desconcertada y no queriendo darse por aludida.

—No conozco a ningún Marqués. Mi novio



—¡Conque ésta es la que tiene sorbido el seso a tanto mentecato!...

es tambor de granaderos y voy a llamarle.

Por supuesto, Grignau no hizo caso de las voces de la hostlera y Ninón determinó abandonar la hostería.

Vacio de intrusos el patio, aparecio el granadero.

—¿Qué hacíais que no bajasteis?—preguntó su novia.

—Ya veis... me dormí.

—¡Nunca me valéis en un apuro!—lamentóse Nanón.

—Y cómo queríais que os valiese ahora si habéis estado hablando con la verdadera Niñón?

Nanón se asustó en serio.

—¡Soy perdida!—exclamó espantada.

Y, para remediar el mal, aunque la cortesana estaba ya lejos, desde la puerta de la hostería púsose a hacerle saludos.

Aquella misma tarde, los heraldos sonaban sus trompetas en las calles de París convocando al público para leerle el edicto con que Luis XIV prohibía el duelo.

Días después, Nanón preparábase a festejar su santo. Hallábase sola en su cuarto, un tanto ligera de ropas, cuando un inesperado

mensajero lamó a su puerta. Creyendo que sería alguna mujer de la casa, la hostelera abrió, retrocediendo en seguida al ver a un desconocido.

—Os traigo un mensaje.

—Esperaos un poco—dijo ella, ocultándose y vistiéndose mal y de prisa.

Luego reapareció con el sofoco de la pasada vergüenza en sus mejillas amasadas con rosas.

El enviado puso en sus manos un anillo y un pliego.

—No sé leer—confesó la hostelera.

Miró la sortija, e instintivamente, pensando en su novio, se la ajustó al dedo anular... Estaba un poco perpleja por lo que le sucedía.

—¿Queréis que lea yo?—propuso el mensajero.

—Pero... ¿sabéis leer?

—Y otras cosas, además, que, si quisierais, podía enseñaros.

—Me basta con que me leáis el mensaje.

Abierto el pliego, el recadero leyó:

Mi estimada Nanón: Aunque habéis expresado vuestra opinión acerca de mí con excesiva dureza, para que os deis cuenta de que soy mejor de lo que suponéis y de que no os guardo rencor, os envío esa sortija como recuerdo en el día de vuestro santo, que también es el mío. Recuerdos a mi amado, y si algún día necesi-

táis apoyo en la Corte, sabed que no ha de faltáros el de

Nanón de Lenclos

La alusión a su novio pasó inadvertida a la hostelera.

—Bajad y decid de mi parte que os sirvan de almorcázar—dijo al mensajero.



Miró la sortija, e instintivamente, pensando en su novio, se la ajustó al dedo anular...

Satisfecha de cómo empezaba el día, siguió en su arreglo hasta quedar compuesta a su gusto. Y realmente, estaba deliciosa con su traje campesino.

Con risas y aplausos la recibieron los vecinos cuando se presentó en el patio.

De pronto todos volvieron los ojos hacia el camino de París, por donde venía un grupo de servidores del Rey encargados de divulgar el decreto contra el duelo. Detuvieronse delante de la hostería, y el lector del bando alzó la voz:

—Por la presente mandamos que, en el caso de ser sorprendidos los duelistas en flagrante delito, sea puesto en prisión el provocado y castigado con la pena de muerte el provocador.

Los oyentes aplaudieron, recordando el dueño que, días antes, tuviera lugar allí mismo.

Cesaron en sus comentarios oyendo un redoble de tambores.

Seis granaderos, al mando de Grignau, avanzaban golpeando el parche.

Loca de entusiasmo, Nanón se abrazó a su novio, y dijo a los presentes:

—¡Aquí lo tenéis! ¡Es mi Grignau!

Detrás de los granaderos llegaron los padres de la hostelera, que ofrecieron a la festejada sus regalos: ovejas, gansos, gallinas y un gorrinillo, que Nanón puso en el regazo de su novio, sin notar su gesto de disgusto.

Después hubo un poco de baile. Cuando cesó, Nanón, poniendo su mano en el pecho del granadero, dijo:

—¡Señor Henri Grignau!

Hubo un silencio, como si todos presintieran la proximidad de un acontecimiento.

—Yo pido en este acto—añadió la hostelera como si hablase por labios de su novio—la mano de la honorable doncella Ana Patín, conocida por Nanón... Presentes los parientes y el notario avisado, dentro de breves instantes se efectuará la boda.

El granadero hizo ademán de huir.

—¡Sujetadle bien!—aconsejó uno de los vecinos.

La situación de Grignau se agravó al presentarse el notario, que traía prisas y ganas de despachar pronto.

—Hay que avisar a Frontenac—dijo Grignau a sus amigos—. ¡Esto es horrible!

En seguida, dirigiéndose al notario, añadió:

—Mis allegados también deben estar presentes a la ceremonia. Dos de mis granaderos los irán a buscar.

En cuanto llegaron a París los enviados de Grignau, se entrevistaron con Frontenac, conviniendo con él lo que debía hacerse para salvar a su amigo.

Pronto se pusieron en camino, mientras en la hostería, ante los ruegos de la hostelera que veía como el notario no parecía dispuesto a esperar más tiempo, Grignau, no sin resistencia, rompía plumas, sin que ninguna le sirviera, para firmar el acta matrimonial.

De esta manera dió tiempo a que llegasen

sus salvadores. Frontenac, abriéndose paso por entre los invitados, acercóse al novio.

—¡Tambor Grignau, por el delito de provocador de un duelo, daos preso!

Alzóse una tempestad de lamentos, que rasgó un agudo grito de Nanón.



—*Mis allegados también deben estar presentes a la ceremonia.*

—¡Y por la expresada condición de provocador, recae sobre vos la pena de muerte!

Nanón abrazóse a su novio.

—¡No me lo llevéis! ¡Nos íbamos a casar!
El acarició sus cabellos.

—Cálmate, vida mía!... Tu Grignau muere
tranquilo, porque se batió por tu amor.

Dos soldados lo empujaron hacia la puerta.
Arrastróse la desgraciada, haciendo angus-
tiosas súplicas.

—¡Grignau, mi Grignau!
Y este grito fué el último que profirió, ca-
yendo desvanecida y como muerta en los bra-
zos de sus parientes.

D'Aubigne y sus amigos ya estaban lejos.
—Debéis dar gracias a Dios porque no nos
ha fallado el recurso del duelo—dijo Fronte-
nac a su camarada.

D'Aubigne no contestó. Estaba triste. Los
lamentos de Nanón habíanle llegado al alma.

*.
Cuando volvió de su desmayo, Nanón lloró
sin consuelo. El dolor sorprendióla en el ins-
tante más alegre de su vida. De súbito su pen-
samiento atormentado iluminóse con el recuer-

do de Ninón de Lenclos, y desde aquel ins-
tante la esperanza anidó en su alma.

Sin hacer caso de sus parientes se puso en
camino de París, llegando al palacio de la cortesana
en día de recepción, día en que Moliè-
re debía dar lectura a su nueva obra “Los mo-
nigotes sociales” y en el que d’Aubigne, en cas-
tigo de sus culpas, había sido condenado por
Ninón a escribir un poema en su honor, a cuyo
objeto se le condujo a un gabinete donde se
le dejó encerrado a solas con su inspiración.

El aspecto humilde de la hostlera no la
recomendaba a los criados de la cortesana, que
se opusieron a dejarla paso; pero tanto insis-
tió ella, que uno de los porteros accedió a dar
el aviso a su ama, y la misma Ninón salió al
encuentro de su rival.

—¡Grignau, mi novio, ha sido preso por
duelista!—exclamó la joven, arrojándose a los
pies de su protectora—. ¡Compadeceos de mí
y prestadme en su favor la valiosa ayuda
que me prometisteis!

La presencia de la hostlera en los salo-
nes de la cortesana produjo sus naturales efec-
tos; todos los nobles allí presentes la conocían
y ninguno quería conocerla.

—Señores, creo que son inútiles las presen-
taciones, porque mi visitante es antigua cono-
cida vuestra—dijo Ninón.

Nadie se dió por aludido.

—Tengo que proteger a esta joven, a la que
he prometido ayuda, haciendo que le sea de-

vuelto su novio, preso por duelistas... Sólo la Maintenon puede ayudarnos con eficacia, y d'Aubigne es su sobrino.

Poco después, el Marqués, llamado por orden de Ninión, se presentaba sin haber escrito el poema y sin adivinar lo que le esperaba.

Al ver a la hostlera quiso hacerse atrás, pero ya se dirigía a él Nanón gritando:

—¡Grignau, mi Grignau!

La dueña de "El Borrego de Oro" se detuvo viendo que él no parecía reconocerla, y llorosa, titubeando, murmuró:

—;Perdón!... Es de una asombrosa semejanza con mi... novio.

Siempre en su actitud de hombre que no sabe lo que pasa, d'Aubigne oyó la historia de la hostlera, a la que dió unas letras para su tía. Nanón tomó la carta con mano temblorosa, y paso a paso, sin dejar de mirar al Marqués, salió.

Nada la detuvo en su marcha. A la entrada de los jardines del palacio del Rey, dos soldados cruzaron ante ella sus alabardas.

—No se puede pasar.

—Traigo una carta para Madame de Maintenon.

Los centinelas se apartaron súbitamente. Nanón volvióse y exclamó:

—¡Anda!... ¡Ahí viene otro de mis clientes!

El que se acercaba era Luis XIV, que se detuvo a oír a la hostlera, repitiendo su ex-



—Traigo una carta para Madame de Maintenon,

clamación favorita: “¡Delicado! ¡Delicadísimo!” Leyó la carta de d'Aubigne, se hizo acompañar de la joven al interior del palacio y, compadecido de su pena, concluyó por darle una orden escrita para que se devolviera la libertad al granadero detenido.

—Vete al cuartel con esa orden y tráeme al tambor Grignau.

A través de las lágrimas, rieron los ojos de la joven.

El Rey le cogió el rostro y estuvo mirándolo. La sombra de un deseo pasó por su mirada. Quiso con sus labios apresar un beso en los labios de ella. Dudó. Observó sus mejillas y ocurriósele el capricho de paladear su frescura. Dudó otra vez. Y, por último, paternalmente, la besó en la frente. Y fué su beso un beso de Rey.

—No os detengáis. Llevad esa orden en seguida.

Salió Nanón de palacio y dirigióse al cuartel de granadero; pero allí, después de buscar mucho, le dijeron:

—No existe en el regimiento ese tambor Grignau.

Con el perdón del Rey en sus manos, la hostelera sintió como se morían sus esperanzas. Apoyándose en las paredes, sin fuerzas, tropezando, dejó el cuartel, sin saber a dónde encaminarse.

Sus pasos la condujeron de nuevo a los jar-

dines de Palacio, donde aquella noche se daba una fiesta regia.

Salióle al encuentro el sobrino de Marsillac, quien, dispuesto aquel día a enamorar a alguna mujer, echó los brazos al cuello de la hostelera.



...Luis XIV, que se detuvo a oír a la hostelera...

La sorpresa paralizó a Nanón.

—¿Qué es esto, Dios mío?

Y la casualidad, madre de todas las cosas, así de las buenas como de las malas, hizo que

pasase por allí d'Aubigne, que corrió en su auxilio.

—¡En guardia!—gritó al mozo.

Pensando en dar un castigo a aquel mocoso, mientras Nanón los miraba aterrada, el Marqués jugó con su adversario, hasta que, cogiéndolo por la espalda, le dió un pinchazo en ese espacioso lugar que a todos nos sirve para sentarnos.

En seguida, viendo a la hostelera, d'Aubigne huyó. Ella quedóse parpadeando de asombro. Inclinóse viendo brillar en el suelo un dije que se le cayera al Marqués durante la lucha, lo recogió y sus ojos se anegaron en lágrimas reconociendo su retrato, el retrato que había regalado, tiempo atrás, a su novio.

A todo esto la noticia del duelo llegaba hasta el estrado donde estaba el Rey, encendiéndo su cólera.

—¿Quiénes son los duelistas?—preguntó Luis XIV.

El denunciante señaló al sobrino de Marsillac.

—Decidme quién ha sido el provocador—exigió el Rey conteniéndose difícilmente.

Era un mozo atolondrado el pariente de Marsillac, pero eran nobles sus sentimientos.

—Majestad—dijo—, mi honor me impide revelar el nombre de mi adversario.

D'Aubigne detacóse entonces confesando su culpa y tendiendo, al mismo tiempo, la mano a su contrario.

—¿Sabéis la pena que os espera?

—Lo sé, señor.

Sonreía, seguro de que pronto no podría hacerlo, pues la muerte sellaría luego sus facciones.

A un gesto del Rey, dos soldados se acercaron a d'Aubigne, que entregó su espada a otro noble.

—¡Esperaos!—gritó inesperadamente Nanón, arrodillándose a los pies del Rey.

La dura expresión de Luis XIV tornóse blanda y amable al reconocer a la hostelera.

—Señor, tengo vuestro perdón para el duelista... Vos mismo me lo habéis dado.

El Rey pasó sus ojos por la orden de perdón que horas antes diera a la joven.

La dueña de "El Borrego de Oro" reconocía al fin al Rey y a d'Aubigne. Uno y otro eran los dos hombres que habían intervenido en su vida, con nombres supuestos, engañando su credulidad. En sus manos se hallaba la vida del Marqués, del hombre que, con otro traje, de tres meses a aquella fecha, todas las tardes iba a la hostería para disfrutar de su amor.

—¿Erais, pues, vos el famoso Grignau?—preguntó el Rey Sol a d'Aubigne—. El castigo es entonces inevitable.

La hostelera tendió sus brazos suplicantes.

—¡Señor!...

Luis XIV la hizo callar y añadió:

—Es forzoso que os caséis con esta muchacha.

Los cortesanos se miraron con asombro.

—Marqués d'Aubigne—habló el Rey—, ¿estáis dispuesto a cumplir la promesa que Grignau hizo a esta joven?

Tendiendo su mano a la hostelera, que titubeaba confundida y medrosa, el Marqués contestó:

—¡Lo que Grignau prometió, el marqués d'Aubigne lo cumplirá solemnemente!

Entonces Madame de Maintenon, que había asistido en silencio a aquel incidente donde su sobrino estuviera a punto de perder la vida, expresó claramente su descontento:

—¡Pero.. eso no puede ser! ¡D'Aubigne es un noble!

—Pues a pesar de eso—replicó el Rey.

—Tened en cuenta, Majestad...

Luis XIV la interrumpió y, fijando sus ojos en los sorprendidos cortesanos, repuso:

—Yo hago a la dueña de "El Borrego de Oro"... duquesa de Nanón.

Y la hostelera y el Marqués, unidas las manos, se postraron ante el Rey, que hacía de notario en sus bodas, diciendo, satisfecho de sí mismo:

—¡Oh!.. ¡Delicado!.. ¡Delicadísimo!

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
BEBÉ DANIELS

PRÓXIMO NÚMERO:

La divertida e ingeniosa producción
del rey de la risa **EL**

EL DOCTOR JACK

Colosal triunfo de este gran artista

—
32 páginas

Numerosas fotografías

—
Postal-obsequio de

Wesley Barry



LA NOVELA FEMENINA

CINEMATOGRÁFICA

Sale todos los viernes - Precio: 30 cts

Sea usted coleccionista de
«*LOS GRANDES FILMS*»
de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

A los grandes éxitos de
Demasiadas mujeres

y
Nobleza baturra
ha seguido el de
Cenizas de odio

por **NORMA TALMADGE**

PRONTO - MUY PRONTO
El Rajá de Dharmagar

por **RODOLFO VALENTINO**

y
La marca de fuego

por **POLA NEGRI**

IMPORTANTE: O AL PÚBLICO

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de Abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los kioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE: A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA,

DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A.

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRÚN